

La espada y la ley

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

Cuando se sintió alcanzado por los años don Juan de Castellanos, soldado de la conquista, se recoge en Tunja, con hábito de monje tanto por íntima vocación como por el deseo de escribir en paz y en calma las hazañas de la conquista española.

La lluvia cae sobre la villa, en donde la soledad es realmente la única que se queda conversando en la noche, además del sereno que anuncia con la voz de un gallo cansado las horas que se suceden apacibles. También se oye la pluma del viejo soldado que escribe su historia monumental. Escoge el verso porque desea referirla como la vieran sus ojos, deslumbrantes. Quiere en esta forma que su obra sea también una gesta.

Y en verdad, en las elegías de don Juan de Castellanos, con las caídas y fallas, con el descuido y aún la pobreza que a veces se advierte en sus páginas, corre un río de espadas. El río de las espadas que fuera la conquista española.

Se combate en los cuatro horizontes. Lanceros vestidos de hierro se

internan por los bosques de América. Se pelea en todas las horas y en todas partes. Se escucha por primera vez el estruendo de la pólvora, y por primera vez galopan las jacas y los bravos caballos en los encontronazos y refriegas. Las tizonas parten el aire como si fuera la cáscara de una fruta. La sangre se pega a las rodelas y a los estandartes. Es una batalla que no acaba. Juan de Castellanos la recuerda y aún la siente como si le golpeara el pecho:

*"No pasaba día sin bullicio
ni noche que quieta se durmiese;
velar y pelear es el oficio".*

Pues a pesar de que el soldado llegaba vestido de hierro, a pesar de las tizonas y del estampido de la pólvora, la conquista es un trabajo que se parece a la epopeya. A veces son diez los infantes, a veces solo uno y el pendón de Castilla y un Cristo, el cristiano, en el asta de la cruz desnudo como una raíz.

La reina Isabel no supo a quién le entregó sus joyas para armar las tres carabelas que emprenderían el viaje. Era un marino que

hablaba palabras vagas, de bruma o niebla como el mismo océano. Quería ir a un sitio de la tierra, pero le faltaba además de las carabelas el camino. No lo conocía. Apenas lo presentía. Creía que estaba más allá de las últimas olas que levantaba el mar en la rada de Cádiz.

Se conoce la historia de la navegación, el viaje de las goletas que se estrellaban contra el viento y la espuma. Y luego el grito y el desembarco. La tierra nueva aparecía como una fábula o un sueño. Después los sucesivos viajes de Cristóbal Colón, y el puente humano que comienza a tenderse entre la Península y la nueva tierra. El mar que se carga de goletas.

¿A qué horas pare España tantos grumetes y tantos soldados? Es otro de los milagros. Los caminos que desembocan en el puerto de Cádiz y en los demás puertos que miran hacia el Atlántico, se llenan de pronto de aventureros que reciben por todo avío una espada para combatir. Al mismo tiempo el nuevo mundo se agranda. Ya no solo la pequeña, la menuda isla de Guaraní. Es un continente de mares y de islas, cruzado y partido por ríos inmensos. América sin principio conocido, cuya historia comenzó desde las primeras estrellas.

Pero su majestad, la reina Isabel y luego sus herederos se encuentran sin peluconas para costear semejante empresa. No queda otra alternativa que dejársela a los soldados. Es entonces cuando se firman las llamadas capitulaciones. A cada quien se le entrega el pedazo de tierra que dice haber descubierto y que pueda descubrir. A la vuelta de pocos años Cortés en

México, los Pizarros en el Perú, Quesada en Colombia, tienen más tierras y brazos que el soberano en la Península.

Los soldados son hoy y mañana no aparecen. De manera que hay que asegurar el imperio para la historia. ¿Cómo? Destituyendo a los soldados, restándoles poderío, agrietando y partiendo sus dominios. Con un arma al parecer inofensiva, pero que es más eficaz que las mismas lanzas: la ley. Es por ello que en cada expedición su majestad acomoda, por decirlo así, entre las gentes de armas, un personaje de ojillos menudos, inquisidores, el juez de residencia, a quien le entrega, sellados de su mano, los poderes para frenar la ambición de los capitanes y someterlos a la observancia de las leyes del imperio. ¿De quién hubiera sido la conquista de América sin estos personajes? De los soldados, de uno solo o de una caterva.

Siempre encontraremos en el episodio de la conquista el desafío de la espada y la ley. Los códigos representan al imperio, en oposición a las espadas que encarnan la fuerza de los capitanes. Lo permanente es el imperio, y su majestad acabará quebrando las espadas para salvarlo.

En el puerto de Acla, la cabeza de Balboa, el descubridor del Pacífico, expuesta en una picota como alzado a la Corona, es la primera batalla que le gana la ley a la espada.

Cubierto de gloria el conquistador resultará a la postre el gran sacrificado. En este sentido la conquista española es una trágica carrera de relevos. Cuesta la honra, cuesta la sangre a la mayoría de

los soldados que la emprendieron. La misma codicia que los zafa de la nada y les entrega imperios enteros, los dobla en la mitad del campo, deshechos en heridas, o los pierde en celdas miserables a manos de segundones, cuando no los arroja al montón de las cárceles, a esperar que la justicia de los tri-

bunales los restituya en sus cargos y prerrogativas. De los fuertes, de los grandes capitanes, no hay uno solo que muera en paz, con las piernas estiradas a gusto a lo largo de la cama. Mueren muerte de puñales o de grillos, muerte de oprobio.

Pero sobrevive el imperio.